

8 de Agosto, por la mañana.

Nos ha faltado el viento: hemos pasado la noche sin avanzar, á corta distancia del cabo Malia.

La misma fecha, á las doce del día.

Una templada brisa nos echa hácia el cabo. La fragata que nos remolca abre delante de nosotros un camino liso y murmurante, por el que volamos sobre sus huellas entre copos de espuma que su quilla hace rebotar huyendo. El capitán Lyons, que conoce aquellas aguas, quiere hacernos disfrutar de la vista del cabo y de las tierras, pasando á cien toesas, cuando mas, de la costa.

En la estremidad del cabo San Angel ó Malia, que avanza mucho en el mar, empieza el estrecho paso que los marinos tímidos evitan, dejando la isla de Cérigo á su izquierda. Ese cabo es el cabo de las tempestades para los marineros griegos: solo los piratas arrostran sus peligros, porque saben que allí no los perseguirán. El viento cae de ese cabo con tanto peso é ímpetu sobre el mar, que muchas veces arroja piedras rodadas de la montaña hasta sobre el puente de los buques.

En la escarpada é inaccesible pendiente de la roca que forma el diente del cabo, diente aguzado por los huracanes y por la espuma de las olas, la casualidad ha suspendido tres peñascos desprendidos de la cima y parados en la mitad de su camino: allí se ven como un nido de aves marinas inclinado sobre el espumante abismo de los mares. Un poco de tierra rojiza, detenida también por aquellas tres desiguales peñas, da raíz á cinco ó seis higueras achaparradas, que penden con sus tortuosos ramos y sus anchas hojas grises sobre la estrepitosa sima que ruge girando á sus piés. El ojo no puede divisar ningún sendero, ninguna pendiente practicable por donde pueda llegarse á aquella aislada muestra de vegetación: sin embargo, se distingue una casita baja junto á las higueras, casa gris y sombría como la roca que le sirve de base y con la que se la confunde á primera vista. Encima del techo chato de la casita se alza un pequeño arco ovalado vacío, como encima de la puerta de los conventos de Italia; una campana pende de él; á la derecha se ven unas ruinas antiguas de ladrillos, en que están abiertos tres arcos, que conducen á un terrado que se estiende delante de la casa. Una águila hubiera temido labrar su nido en semejante sitio, sin un tronco de árbol, sin una mata para guarecerse del viento que ruge siempre, del eterno ruido del mar que se estrella en la peña, de su espuma, que lame sin cesar su pálida pared,

bajo un cielo siempre ardiente. ¡Pues bien! un hombre ha hecho lo que la misma ave hubiera osado apenas hacer; un hombre ha elegido ese asilo. Allí vive: nosotros le vimos; es un ermitaño. Doblábamos el cabo tan de cerca que distinguíamos su larga barba blanca, su báculo, su rosario, su capucha de fieltro pardo; semejante à la de los marineros en invierno. Hincóse de rodillas mientras pasábamos, vuelto de cara al mar, como si hubiera implorado el auxilio del cielo por unos estrangeros desconocidos en aquel peligroso paso. El viento, que se escapa con furor de las gargantas de la Laconia, apénas se ha doblado la roca del cabo, empezaba à resonar en nuestras velas, à cimbrar y hacer titubear los dos buques, y à cubrir el mar de espuma en cuanto alcanzaba la vista. Un nuevo mar se abrió delante de nosotros; el hermitaño subió, para seguirnos mas de léjos con la vista, sobre la cresta de una de las tres peñas, y allí le distinguimos de rodillas é inmóvil, mientras estuvimos à la vista del cabo.

¿Qué hombre es ese? Preciso es que tenga una alma muy bien templada para haber elegido esa horrible morada; preciso es que tenga un corazon y unos sentidos muy ávidos de fuertes y eternas sensaciones, para vivir en ese nido de buitre, solo, con el horizonte sin límites, los huracanes y los rugidos del mar: su único espectáculo es, de cuando, un buque pasa, los crugidos de los mástiles, la

rasgadura de las velas, el cañonazo de socorro, los clamores de los marineros sin esperanza.

Esas tres higueras, ese pequeño campo inaccesible, ese espectáculo de la lucha convulsiva de los elementos, esas impresiones ásperas, severas, meditativas en el alma, son uno de los sueños de mi infancia y de mi juventud. Por efecto de un instinto que el conocimiento de los hombres ha confirmado con el tiempo, nunca he colocado la ventura mas que en la soledad; solamente que, entónces colocaba en ella el amor, y ahora colocaria el amor, Dios y el pensamiento: ese desierto suspendido entre cielo y el mar, sacudido por el incesante choque de los vientos y de las olas, seria todavía uno de los encantos de mi corazon:—Esa es la actitud del ave de las montañas tocando todavía con el pié la aguda cima de la roca, y batiendo ya las alas para lanzarse mas arriba à las regiones de la luz. No hay ningun hombre bien organizado que no llegase à ser, en semejante morada, ó un santo, ó un gran poeta, uno y otro tal vez.... pero ¡qué recio sacudimiento de la vida no ha eido menester para darme à mí semejantes pensamientos y semejantes deseos! ¡Y para reducir à ese estado à otros hombres que veo en él! Dios lo sabe. Sea de esto lo que fuere, no puede ser un hombre vulgar el que ha sentido la delicia y la necesidad de asirse, como la pendiente enredadera, à las paredes de semejan-

te abismo, y mecerse en ellas durante toda una vida al estruendo de los elementos, á la terrible armonía de las tempestades, solo con su idea delante de la naturaleza y delante de Dios.

La misma fecha.

A algunas leguas del cabo, la mar aparece mas bella. Ligeras embarcaciones griegas, sin puente, y cubiertas de velas, pasan junto á nosotros en los profundos valles de las olas, llenas de mugeres y de niños que van á vender á Hydra canastillos de melones y de uvas. El menor soplo de viento las hace inclinarse sobre la mar hasta bañar en él sus velas. No tienen para defenderse de la marejada mas que un lienzo estirado que eleva algunos piés el bordo espuesto á las olas; muchas veces no las ocultan el agua y la espuma, y luego suben como un corcho flotando en el mar. ¡Qué vida! Esa es la vida de casi todos los griegos; su elemento es el mar; lo mismo juegan en él que el hijo de nuestras aldeas entre las malezas de nuestras montañas. El destino del pais esta escrito por la naturaleza; —es el mar.

La misma fecha.

Ahí estan las lejanas cimas de la isla de Creta que se alzan á nuestra derecha; allí el Ida, cubierto de nieves, que aparece como las altas velas de un buque en el mar.

Entramos en un espacioso golfo, que es el de Argos; navegamos viento en popa con la rapidez de una bandadade gaviotas; las rocas, las montañas, las las islas de las dos orillas huyen como sombrías nubes delante de nosotros. La noche cae, ya vemos el fondo del golfo, y eso que tiene diez leguas de profundidad; los mástiles de las tres escuadras fondeadas delante de Nauplia se dibujan como una selva de invierno sobre el fondo del cielo y de la llanura de Argos. Pronto es completa la oscuridad; brillan varias hogueras en las faldas de las montes y en los bosques, donde los pastores griegos guardan sus rebaños; los buques disparan el cañonazo de la noche. Vemos brillar sucesivamente todas las troneras de esos sesenta buques anclados como las calles de una gran ciudad iluminadas por sus faroles; entramos en ese laberinto de naves, y vamos á anclar, ya enteramente de noche cerrada, cerca de un castillejo que protege la rada de Nauplia enfrente de la ciudad y bajo la sombra del castillo de Palamida.

9 de agosto.

Me levanto con el sol para ver en fin de cerca el golfo de Argos, Nauplia, la capital actual de la Grecia. ¡Triste y completo desengaño! Nauplia es un miserable lugaron, construido en la orilla de un estrecho y profundo golfo, en una márgen de tierra rodeada de las altas montañas que cubren toda esta costa; las casas no tienen ningun carácter extranjero, y todas ofrecen la forma de las mas vulgares habitaciones de los lugares de Francia ó de Saboya. La mayor parte están derruidas, y las tapias derribadas por el cañon de la última guerra, yacen todavía tendidas en medio de los escombros. Dos ó tres casas nuevas, revocadas de colores chillones, se alzan sobre el muelle, y algunos cafés y tiendas de madera avanzan sobre cimientos de estacadas en el mar; esos cafés y esos balcones sobre el agua están cubiertos de algunos centenares de griegos vestidos al uso de su país, con mucha elegancia, pero muy sucios; están sentados, ó tendidos en las tablas ó en la arena, formando mil grupos pintorescos. Todas las fisonomías son hermosas, pero tristes y feroces; la carga de la ociosidad pesa en todas sus actitudes. La holgazanería de los napolitanos es dulce, serena y

alegre; es la indolente indiferencia de la felicidad; la holgazanería de los griegos es pesada, tétrica y sombría: es un vicio que se castiga á sí mismo. Apartamos los ojos de Nauplia, admiramos la hermosa fortaleza de Palamida, que reina sobre todo la montaña que domina la ciudad; las murallas almenadas se parecen á los dientes de un peñasco natural.

Pero ¿dónde está Argos? Una vasta llanura, estéril y desnuda, cortada por frecuentes pantanos, se extiende y se comba en el fondo del golfo, limitada por todos lados por cordilleras de montañas grises. Al fin de esa llanura, à cosa de dos leguas en el interior de las tierras, se ve un collado que sostiene algunas murallas fortificadas sobre su cima y que protege bajo su sombra una aldea arruinada: esa aldea es Argos. A su lado está el sepulcro de Agamenon. Pero ¿qué me importan Agamenon y su imperio? Esas anticuallas históricas y políticas han perdido el interes de la juventud y de la verdad. Quisiera ver solamente un valle de la Arcadia; prefiero un árbol, un manantial bajo una peña, una adelfa en la orilla de un rio, bajo el ojo derruido de un puente entapizado de parietaria, al monumento de uno de esos reinos clásicos que nada recuerdan ya á mi mente mas que el tedio que me han causado en mi niñez.

10 de agosto.

Hemos pasado dos dias en Nauplia: Julia me inquieta de nuevo, y me detengo todavía algunos dias para aguardar á que esté completamente restablecida; estamos en tierra en un cuarto de una mala posada, enfrente de un cuartel de tropas griegas. Los soldados pasan todo el dia tendidos á la sombra de las tapias arruinadas, en medio de las calles y de las plazas del pueblo; sus trages son lujosos y pintorescos; sus semblantes llevan el sello de la miseria, de la desesperacion y de todas las pasiones feroces que enciende y fomenta la guerra civil en esas almas incultas. La mas complea anarquía reina actualmente en la Morea; cada dia una faccion triunfa de otra, y continuamente oimos los tiros de los Kleftos, de los Colocotroni, que se baten al otro lado del golfo contra las tropas del gobierno. Cada correo que baja de la montaña trae la noticia del incendio de una ciudad, del saqueo de una llanura, de la matanza de una poblacion por uno de los partidos que despedazan su propia patria. No se puede salir de las puertas de Nauplia, sin esponerse al fuego de los insurgentes. El príncipe Karadja tiene la bondad de proponerme una escolta de sus palíkaros para

ir á visitar el sepulcro de Agamenon, y el general Corbet, que manda las tropas francesas, me hace el favor de ofrecerse á añadir á ella un destacamento de sus soldados; pero lo rehuso por no esponer, por una vana curiosidad, la vida de algunos hombres, cosa que nunca me perdonaria.

12 de agosto, 1832.

He asistido esta mañana á una sesion del parlamento griego. La sala es un sotechado de madera; las paredes y el techo son de tablas de pino mal unidas entre sí: los diputados están sentados en bancos al rededor de un terrado de arena, y hablan desde su asiento.

Nos sentamos, para verlos llegar, sobre un monton de piedras, á la puerta de la sala, y van llegando sucesivamente á caballo, acompañados cada cual de una escolta, mas ó ménos numerosa, segun su importancia personal. El diputado se apea de su caballo, y sus palíkaros, magníficamente armados, van á agruparse á alguna distancia en el pequeño llano que rodea la sala. Ese llano presenta la imagen de un campamento de una caravana.

La actitud de esos diputados es marcial y soberbia; hablan sin confusion, sin interrumpirse, con acento conmovido, pero firme, mesurado y armo-

nioso. No son esas ya aquellas fisonomías feroces que aústan en las calles de Nauplia; son los caudillos de un pueblo heróico, que todavía tienen en la mano su fusil ó el sable con que acaban de pelear por su independecia, y que deliberan juntos sobre los medios de asegurar el triunfo de su libertad; el parlamento es un consejo de guerra.

No puede imaginarse nada mas sencillo y al mismo tiempo mas imponente que el espectáculo de esa nacion armada, deliberando de esa suerte sobre las ruinas de su patria bajo un techo de tablas alzado en campo raso, mientras los soldados aciean sus armas á la puerta de ese senado, y relinchan los caballos impacientes por volver á sus montañas. Hay cabezas admirables por su hermosura y su espresion de inteligencia y de heroismo entre esos gefes: tales son las de los montañeses. Los griegos traficantes de las islas se reconocen fácilmente por sus facciones mas afeminadas y por la astuta espresion de sus fisonomías. El comercio y la ociosidad de sus ciudades han hecho desaparecer la nobleza y la energía de sus semblantes, para grabar en ellos el sello de la habilidad vulgar y de la astucia que los caracterizan.

13 de Agosto, 1832.

Hermosa funcion dada á su bordo por el almirante Hotham, que manda el apostadero inglés en la rada de Nauplia. Nos hace visitar su navío de tres puentes, *el San Vicente*, y hace ejecutar para nosotros el simulacro de un combate naval. Un navío montado por mil seiscientos hombres, y visto así en el momento del combate, es la obra maestra de la inteligencia humana.

El almirante es un sugeto escelente, cuya fisonomía y modales reunen aquella rara mezcla de la nobleza del antiguo guerrero y de la bondadosa dulzura del filósofo, carácter comun de las hermosas fisonomías de los hombres de la aristocracia inglesa. Nos propone uno de sus buques de guerra para acompañarnos hasta Esmirna: no lo admito, y reclamo la misma bondad del almirante Hugon, que manda la escuadra francesa. Este tiene la bondad de darnos el bergantin *el Genio*, mandado por el capitan Cuneo de Ornano, pero no nos escoltará mas que hasta Ródas.

Cómo en casa de M. Rouen, ministro de Francia en Grecia, empleo que yo debí ocupar en tiempo de la Restauracion. Me felicita de no haberle obtenido. M. Rouen, que ha pasado en Nauplia todos

los malos dias de la anarquía griega, suspira por salir de donde está; pero se consuela de la severidad de su destierro, acogiendo con suma bondad á sus paisanos, y representando con una finura y una cordialidad sin iguales, la alta proteccion de la Francia en un pais que es preciso amar en su pasado y en su porvenir.

15 de Agosto, 1832.

No escribo nada; mi alma està marchita y triste como el horrible pais que me rodea; riscos pelados, tierra rojiza ó negra, arbustos rastreros y empolvados, llanuras pantanosas donde el helado cierzo, aun en el mes de Agosto, silba sobre dilatadas jarales,—y nada mas. Este suelo de Grecia no es mas que la mortaja de un pueblo; esto se parece á un antiguo sepulcro, despojado de sus huesos, y cuyas piedras mismas están dispersadas y ennegrecidas por los siglos. ¿Dónde está la hermosura de esa Grecia tan ponderada? ¿Dónde está su cielo dorado y trasparente? Todo aparece mustio y nebuloso como en un desfiladero de la Saboya ó de Auvernia en los últimos dias de otoño. La violencia del viento del Norte que penetra con estrepitosas oleadas hasta el fondo del golfo en que estamos anclados, nos impide partir.

18 de Agosto, en el mar, fondeados delante de los jardines de Hydra.

En fin, partimos anoche con una buena brisa de Sudeste, dormimos en nuestras hamacas. A las 7 estamos fuera del golfo; el mar está hermoso y hierre armoniosamente las paredes del bergantin. Estamos en el canal que se prolonga entre la tierra firme y la isla de Hydra y Sepezzia.

Hácia medio dia, nos echa el viento á la costa del continente enfrente de Hydra. Terribles vendabales que parten de todos los puntos del compas, hacen peligrosa la faena. Se nos rasgan las velas, y estamos á pique de que se nos rompan los mástiles; por espacio de tres horas luchamos sin tregua contra furiosos huracanes; los marineros están rendidos de cansancio; el capitan parece inquieto por la suerte del buque; en fin, consigue llegar al abrigo de una costa elevada y á un fondeadero conocido de los marinos, enfrente de una graciosa colina llamada los jardines de Hydra, donde echamos el ancla á una milla de la playa y no lejos del bergantin de guerra *el Genio*, que ha seguido el mismo rumbo.

Dia de descanso en un mar siempre agitado, y bajo los vendabales que silban en nuestros mástiles: